AÑO I.—NUMERO 12

Murcia

Redacción, Oficinas y Talleres
1, CRÉDITO PÚBLICO, 1,
Número suelto 5 céntimos

El Liberal

Domingo 10 de Agosto de 1902.

Murcia

Suscripción: UNA peseta al mes
En el resto de España: 5 pesetas trimestre
25 ejemplares 75 céntimos

EDICION DE LA MAÑANA

✝

EL SEÑOR

D. Gonzalo Musso Cánovas

ABOGADO Y ALCALDE DE TOTANA

HA FALLECIDO EN ESTA VILLA

A LAS ONCE Y MEDIA DE LA MAÑANA DEL DIA 8 DE AGOSTO, A LA EDAD DE 43 AÑOS

DESPUÉS DE HABER RECIBIDO LOS SS. SACRAMENTOS

R. I. P.

Su desconsolada esposa D.ª Dolores Garriguez Camacho, padre D. Manuel Musso Fontes, hermano D. Ramón, tia D.ª Amalia Aledo Cánovas, hermanas D.ª Francisca y D.ª Concha, hermanos politicos D. Eleuterio Garriguez, D. Juan José, D.ª Soledad y D.ª Gertrudis Laguardia, D.ª Teresa Flores, sobrinos y tios politicos D. Mariano Garriguez, D. Sebastian y D.ª Antonia, y demás parientes;

Participan á sus amigos tan dolorosa pérdida y les ruegan encomienden á Dios en sus oraciones el alma del finado, por lo que les quedarán agradecidos.

El entierro ha sido ayer en esta villa.

Totana 9 de Agosto de 1902.

CRÓNICA

BURBUJAS SOCIALES

LOS APRENDICES

(Escrita expresamente para EL LIBERAL)

También á los aprendices de todos los talleres los considera el negro desamor de esta época inculta como *burbujas sociales*, como cosa insignificante, baladí, despreciable, como cosa desenlazada de la vida total, á la cual se le puede dar con la punta del pié. En la punta del pié tiene nuestra sociedad actual casi todas sus leyes.

¡Considerar como burbujas despreciables á los niños; es decir, á la generación que ha de reemplazar á la nuestra, y que ha de constituir la base del progreso futuro!

Se necesita tener el cerebro embotado por el alcohol y el corazón más embotado aún por la falta de ideales, para tratar como se trata en toda España á los aprendices. No incluyo en esta terrible acusación á todos los maestros; los hay también, eso sí, que sólo cuando están borrachos, pegan á los niños. Pero hay que tener en cuenta que España es el pais de la borrachera, y que ésta es una *institución*. En España ser *Garibaldi* es arrastrar las simpatías y las aclamaciones de toda la raza. No hay sino observar los altos atributos que, para el desahogo de su condición, pone á su servicio el borracho, sin protesta de ninguna honradez pública lastimada.

El borracho (y el que no es borracho) tiene franquicia y pasaporte para volcar constantemente en nuestros oídos el desagüe pestilente de un lenguaje indigno hasta de las bestias (que con sólo mugir y berrear á nadie hacen daño); pero como aquel lenguaje va acompañado de mil clases de cinismos y de bajezas y de relajaciones, nos hace á los españoles mucha gracia; el borracho es enemigo declarado de la indumentaria; pero como además de ir enseñando, en muchos casos, sus carnes, éstas tienen el señalado mérito de estar sucias, eso es un mérito más para que también nos haga gracia: dar al aire público la castidad es acto que también nos hace muchísimo salero á los españoles; el borracho arrastra constantemente por el suelo lo que es sagrado para muchas personas honradas y debe ser digno de respeto para todos; veréis salir, en todo momento, de su boca, los santos llenos de salivajos; la Biblia... algo más que desencuadernada; la forma simbólica de diecinueve siglos de fé, con un *colmo* que llega á las estrellas; el manto de la mujer más ideal que han concebido la fantasía y el sentimiento humanos, hecho una verdadera lástima, y la suprema corona de Dios, hecha vertedero constante de esos..; pero como todo eso debe de ser muy gracioso, nos hace asimismo á los españoles mucha, pero mucha gracia. Mas dejemos á los borrachos de todas clases y esferas, porque ellos han de ser el tema de una de mis crónicas, y pasemos á los aprendices.

Todavía recuerdo el día, ya remoto, en que un pobre artesano, lleno de temor y de emoción, llevaba á un hijo suyo, niño como de unos doce años, á presentarle en una gran fábrica de laborar maderas, donde había de aprender este oficio.

El padre del niño era maestro en otro taller y también aporreaba á los aprendices; pero como en aquella ocasión se trataba del amor de sus entrañas, iba acongojado y con el pensamiento haciendo reflexiones sobre el porvenir de su muchacho. Antes de llegar a la fábrica, el temor á lo desconocido hacía temblar el corazón de la criatura como un pájaro cogido por un ala. Aquel ruído de silbadores correajes pasando por una enorme complicación de ruedas; aquel trajín de cepillos, de mazos; de escoplos ocupados en docilizar la áspera madera; aquel trueno hondo y sordo que producía no se sabe qué y que hacía trepidar la tierra; aquel ir y venir enigmático de oficiales, de operarios, que obedecían á movimientos del gran organismo, que tenía por alma fuego y por arteriaje correas vertiginosas, llenaban de terror el alma perpleja y atónita del rapaz.

Sobre todo, el silbido largo y furibundo de la cuchilla, parecido al lamento lastimero y desgarrador de la madera que se rasgaba, aterró á la sensible criatura en tales términos, que se echó á llorar, queriendo desasirse de la mano paterna. Arrastrado por el padre entró. Los ojos se le llenaron de algo caótico y grande, pero pavoroso: máquinas, instrumentos, tiras de cuero, mandiles, pilas de rizos vegetales hechos tirabuzones por los cepillos. Las guedejas fueron la única nota de belleza que recibió el alma infantil; aquellos bucles de oro le recordaban las cabelleras áureas y divinas de los niños ricos que él había visto. ¿Los habría, acaso, degollado la silbadora sierra, y había allí arrojado sus esplendorosas cabelleras? Sin poderse contener, lloró.

Al llegar aquella inteligencia en germen á la puerta de aquel templo, que templo es todo taller, la fábrica, aunque no hubiese sido más que por un momento, debía haber parado todo aquel laberinto de sus ruedas y haber saludado con un desfile de su gente, con una fiesta de abrazos y besos, con algo tierno y sublime, en fin, la aparición de aquella aurora, porque no se sabe si detrás de la frente de un niño va escondido el genio; y aunque no lleve una gran antorcha en el cerebro, lleva un corazón inmaculado y puro, necesitado de amor, de ofrendas y de cariño. Toda la gran fábrica, haciendo alto en sus miembros titánicos para recibir cosa tan frágil como es un corazón infantil, hubiera sido un gran ejemplo de amor universal y una gran fiesta hasta para la jerarquía de la estética.

Pero el monstruo siguió devorando maderas, siguió empujando con velocidad loca el engranaje de sus músculos frenéticos, siguió haciendo temblar la tierra con trepidación bárbara, y siguió, por último, arrojando aquel silbido crispante de la hoja rasgadora, de la sierra erizada de dientes que parecía decir: «Te trituraré, te haré pedazos como á esta tabla, si en el momento no huyes de mí.» ¡Dios mío! ¿Por qué no se enseñará á todas las personas, antes que nada, á adorar la belleza? ¡Ella es lo más alto de la vida, y el que está en la punta de una torre, necesariamente ve con mayor facilidad todo lo que está por debajo! Habiéndole hecho á aquel niño gustar la belleza caótica y grande de monstruo, el miedo se hubiese convertido en placer. ¿Por qué no haberle hecho pasar la mano, agarrada por la de los amorosos oficiales, sobre las paradas correas, sobre las ruedas inmóviles, sobre el motor gigantesco, sobre las formas de bichos raros de los instrumentos, para que el niño hubiese visto cómo se podía jugar con el león, y que el león, al ser organismo bellísimo, era amor, y sensibilidad y gracia y hermosura?

Pero, nada, la gran fábrica no quiso dar á la humanidad la fiesta estética más significativa que pudiera darse en estos tiempos, y el niño, casi epiléptico por la emoción, fué metido á golpe de mazo en el taller.

Después de aquella entrada en el templo, ¡qué lenguaje oyó entre los *sacerdotes*, qué bajezas presenciaron sus ojos, qué martirios impusieron al infeliz, qué desprecios sufrió, qué de lágrimas vertió en silencio, qué idioma le enseñaron, qué mofas de todos los cultos, qué irreverencias á todos los ideales! La hoja crepitante de la sierra no rasgó su alma en dos pedazos; se la rasgaron los hombres incultos, los hombres como fieras, desposeídos de todo amor y misericordia.

Y hoy aquel niño, aquella aurora que podía haber llegado á sol espléndido, sólo ha llegado á ser un maestro como tantos otros, un hombre por el cual no ha pasado la civilización, y que en el taller donde está también pega á sus aprendices. Hace lo que le enseñaron; y lo que le enseñaron, se lo enseñaron en España. ¡Pero, Señor! ¿Es una cosa tan de todo punto imposible amar la bondad y la belleza?

Salvador Rueda

REVISTAS CÓMICAS

¡PÍCARA PRENSA!

(Escritas expresamente para EL LIBERAL)

Señores, es un axioma:
lo ha dicho el señor Silvela
con amargo pesimismo
en sus sátiras acerbas
La prensa tiene la culpa
de todo, ¡pícara prensa!,
y de todos cuantos males
hoy sobre nosotros pesan,
ella es la única culpable,
á ella hay que pedirle cuentas.
Tan sólo por ella, España
vive en la mayor miseria
con el déficit que Tirso
ha descubierto en Hacienda,
y tiene escolta de *ingleses*
igual que el rey de Inglaterra.
Por ella suben los cambios
de día en día, y asuela
nuestros campos la langosta,
únicamente por ella.
Por su culpa, los tranvías
diariamente atropellan
á dos ó tres ciudadanos
cuando menos se lo piensan.
Débese á ella que la leche
esté en condiciones pésimas,
y que vaya al otro barrio
el infeliz que la prueba.
Por su culpa únicamente,
según los hechos demuestran,
explotan los polvorines
y las máquinas revientan,
y descarrilan los trenes
y se pierden las cosechas,
y se desbordan los ríos,
y los pantanos se secan...
y es, en suma, responsable
de todo cuanto suceda,
sobre todo, siendo malo
en la Península Ibérica.
Don Francisco, es necesario
tomar medidas enérgicas
contra esa prensa maldita
que ya ante nada se arredra,
y desciende á las cabañas
y hasta los palacios llega
y allí lleva entre sus hojas
los gérmenes de la idea,
que se propaga y difunde
y disipa las tinieblas,
en que aún viven muchos pueblos
de España. ¡Pícara prensa!
¡Nada de contemplaciones!
¡Guerra al periodismo, guerra!
¡Garrotazo y tente tieso
y duro y á la cabeza!
Y tenga usted muy presente,
oh, mi señor de Silvela,
que contra los socialistas,
igual que contra la prensa,
la mejor razón, el mauser,
porque es la razón suprema.
Es preciso amordazarla,
sujetar con mano férrea
ese poder insensato,
esa falange proterva
de atrevidos periodistas
que, constante centinela,
no deja que los gobiernos
puedan hacer lo que quieran.
Con este procedimiento,
que es bueno, si usted lo emplea
ya verá usted, don Francisco,
cómo las cosas se arreglan
según á España conviene
y según usted desea.
.....
Pero lo raro del caso
es que así que usted comienza
á sentir hambre, y su gente,
que es muy ansiosa, le apremia,
no obstante la mucha inquina
que á la prensa usted profesa,
para pedir el cocido
apela usted... ¡á la prensa!

Manuel Soriano

ALICANTE

(POR CORREO)

Los panaderos

Alicante 9 (5'30 t.)

Esta mañana se ha celebrado en el gobierno civil una reunión de panaderos y sus patronos.

El gobernador expuso á todos la determinación que le habían manifestado los trabajadores de declararse en huelga si se negaban á respetar el convenio que ya establecieron de la jornada máxima de diez horas y otros extremos de menos interés.

Terminó el gobernador proponiendo á los obreros que redacten unas bases para llegar á un arreglo y con objeto de que las estudie una comisión de patronos.

A petición del alcalde se oyó á varios obreros que expusieron de palabra sus pretensiones, quedando nombrada la comisión mixta que ha de fomular la bases.

Los patronos han acudido á aceptar las peticiones de los obreros interinamente, hasta tanto que resuelva la comisión lo más procedente.

Música mora

Ha llegado á esta capital procedente de Orán la banda mora Tekariesne, con una sección de Kaides árabes.

Por parte de una comisión española se les ha tributado un entusiasta recibimiento, regalando á la banda de música dos hermosas coronas en nombre del Orfeón y del pueblo de Alicante.

Orozco Sanz.

El viaje del rey

(POR TELÉGRAFO)

Oviedo 9.—(4 t.)

A las nueve y cuarto han marchado á visitar la fábrica de Trubia, el rey, el príncipe de Asturias y el general Weyler.

A Gijón ha llegado el ministro de Obras públicas señor Suarez Incián, con objeto de visitar el puerto de Musel.

BANCO DE CARTAGENA

CAJA DE AHORROS

Saldo anterior. . . .	Ptas.	269.464'29
Imposiciones durante la semana.	»	24.316'79
Suma. . . .	Ptas.	293.781'08
Reintegros.	»	4.512'66
Saldo. . . .	Ptas.	289.268'42

Folletín de EL LIBERAL (Murcia) [2]

ROGER LAROQUE

POR

JULIO MARY

—Es natural.

—Pero tú, Roger—dijo la jóven temblando,—¿como has conocido ese asesinato habiendo partido antes que se descubriera?

—Sencillamente; esta noche en la estacion de Ville-d' Avray. El jefe de estacion me ha dicho cuanto sabia: en suma, pocas cosas .. ni el nombre siquiera...

—Nuestro vecino era un rentista llamado Larouette.

Roger Laroque se volvió bruscamente al oir este nombre y palideció.

—¿Como has dicho que se llama la víctima?

—Larouette... lo he aprendido durante el día..

—He aquí que eso es extraño—murmuró Roger.

Guardó silencio durante algunos minutos, y después preguntó:

—¿Se sabe cuál ha sido el móvil del asesinato?

—¡Sin duda el robo!—dijo Enriqueta mirando fijamente á su marido.

Pero Roger no se tomaba el trabajo de disimular delante de su esposa; se mordió los labios y perecia preso de una muy viva preocupación.

Al fin salió, cogió el sombrero y el bastón, y dijo:

—Excúsame... parto... no quiero que se me escape el tren.

La jóven no contestó, iba á gritarle:

¡Huye!... ¡Abandona la Francia!... ¡No escaparás á la justicia!.. No reaparezcas á mi vista, que me das horror... ¡No manches más la frente de mi hija con tus besos de asesino!...

En vez de ir directamente á la estacion, Roger descendió á la Alcaldía. Allí hizo pasar su tarjeta al comisario que acababa de llegar de Versalles, y con el cual, dijo al agente que lo recibió, deseaba tener acto seguido una entrevista particular. Se le introdujo. Lacroix, sin hablar más palabra, le indicó un asiento: el corazón del jóven magistrado latía un poco. ¿Qué iba á hacer Roger Laroque?... ¿Qué audaz plan había concebido él á quien consideraba como el asesino de Larouette? Temía un lazo y se puso en guardia.

—Señor—dijo Roger—vengo á daros á propósito del crimen cometido esta noche cerca de mi casa, una noticia que indudablemente os será muy útil ... Acabo de saber el nombre de la víctima. Ahora bien, señor, yo me ví obligado á reembolsar en el día de ayer más de ciento treinta mil francos, á un hombre que se llama tambien Larouette... La coincidencia es extraña... Solamente que mi acreedor vivía en la calle de Saint-Roch, en París.·. ó al menos allí tenía una habitación..· Como este reembolso me venía muy mal, he tenido en estos últimos días frecuentes citas con Larouette, á quien le suplicaba lo retardarse en interés de mi casa... Yo reconocería fácilmente á mi acreedor, y si vos queréis, os diré:..

El Sr. Lacroix le interrumpió, y con la mayor calma le dijo:

—Esta confronta seria inútil, señor Laroque. El Larouette asesinado es el mismo á quien habeis satisfecho los ciento treinta mil francos con los intereses.

—¿Cómo lo sabéis?

—He encontrado entre sus papeles vuestras cartas, que hablan del reembolso. Os agradezco vuestra visita y la noticia que me traéis en interés de la justicia. Permitidme, sin embargo; antes de dejaros partir, he de dirigiros algunas preguntas. ¿Larouette para obtener de vos ese reembolso, se ha servido de intermediarios?

—No. Vino él mismo, y no lo vió nadie más que yo.

—¿Conocíais su existencia, costumbres, líos, vicios?

—Hasta hace quince días no le había visto nunca. Del modo como lo explica una de las cartas que tenéis entre las manos, el depósito de la suma había sido hecho en mi casa por un antiguo amigo de mi padre, Celestinó Vaubernou, tio materno de Larouette, muerto de repente hace tres semanas. Lo que puedo deciros es que Vaubernou no quería á su sobrino, ¿por qué? lo ignoro; jamás se veían. A juzgar por lo que ha pasado entre Larouette y yo, las relaciones con este último no debían ser muy agradables... Le encontré duro, hablador, impío y muy mal educado...

—Supongo que podréis dar detalles de los valores, oro ó billetes, que constituían los ciento treinta mil francos reembolsados á Larouette. Como comprenderéis, para nosotros es un detalle de gran importancia.

Por detrás de los lentes, la profunda investigadora mirada del magistrado penetraba hasta el fondo del corazón de Laroque, pero éste poseía toda su sangre fría y no pestañeaba.

—Conferenciaré con mi cajero—dijo—único que puede daros esos detalles á medida de vuestro gusto

Laroque se despidió porque se acercaba la hora de la salida del tren. Los dos hombres se saludaron. El señor Lacroix miró de reojo por la ventana entreabierta del gabinete, y le vió alejarse camino de la estación.

—Tú, amigo—murmuró - eres muy fuerte, pero te has aproximado demasiado á la llama... y te quemarás.

Tomó enseguida de su cartera una papeleta de citación, impresa. Llenó los blancos, trazando el nombre de la señora Laroque, y en potsdata esto:

Se os ruega traigáis á la señorita Susana

Después puso la papeleta bajo sobre y la envió á la quinta.

Al leerla Enriqueta tembló; para aquella pobre mujer todo era motivo de espanto. La carta, seca y breve, estaba concebida en términos administrativos.

Se os ruega que os presentéis en la alcaldía, al comisario de policía de Versalles, para un asunto que os concierne.

Nada más. ¿Pero esto no bastaba para renovar sus angustias?... ?Qué quería el señor Lacroix? ¿Interrogarla? ¿Interrogar á Susana? ¿Habría hablado Victoria? ¿Qué iba á hacer para defenderse? De pronto se sublevó contra la insistencia del comisario; una especie de cólera fría tomó contra este hombre, cuya curiosidad y penetrante inteligencia sentía pesar sobre ella. Dejó á Susana en la quinta, se puso el sombrero y salió.

El señor Lacroix estaba solo cuando la jóven entró

—Héme aquí, señor—dijo valerosamente—¿Me llamábais?

—Si: pero os había rogado que viniera con vos vuestra hija.

—Susana está enferma... además, no es más que una niña. ¿Qué quereis decirme? ¿En qué puedo seros útil?

—Vais á saberlo, señora—dijo Lacroix adelantando un sillón—se trata, como debéis suponer, del asesinato de Larouette .. Deseo, señora, oir de vos sobre este crimen la verdad, pero la verdad completa, sin vacilaciones ni reticencias...

—Nada tengo que añadir á mi declaración de ayer.

El señor Lacroix la miró fija y friamente.

—Mentís, señora...

—¡Caballero!—dijo temblorosa.

Este hizo un gesto para calmarla, y con la misma dureza repitió:

—Mentís... tengo la convicción... tengo la prueba...

La lucha empezaba; así lo comprendió la jóven; era presa de un furor indecible... y su corazón desfallecía á despecho de su resolución.

—Os recordaré lo que medijísteis—dijo el comisario—cuando fuí á vuestra quinta á pediros noticias.

—Es inútil, señor; recuerdo perfectamente lo que os dije; nada tengo que añadir ni quitar.

—Es lo que luego veremos; ayer pretendísteis que no habíais oído nada, absolutamente nada; que no habíais visto nada, y que dormíais desde las diez.

—Quizás fuese algo más tarde, lo ignoro.

—Mucho más tarde. Prefiero deciros desde luego que vuestra camarera me ha dicho cuanto ha pasado. A las once y media, apoyada en la barandilla del balcón, esperábais todavia á vuestro esposo, y, cosa de notar, estábais con vuestra hija, la cual, ordinariamente, se acuesta mucho antes.

—He estado bastante tiempo en el balcón en efecto.

—Durante ese tiempo he aquí lo que pasó, lo que oisteis: Un hombre atravesó la calle; vuestra hija reconoció á su padre, y le llamó: *¡Padre, padre!* Vos misma lo conocísteis, porque al inclinaros le reprochásteis el haberos inquietado con su retardo.

—Es falso.

—Es verdad. Vuestras palabras textuales helas aquí: *¿Roger, por qué has tardado tanto? Estamos muy inquietas.* Y esto no es todo; Susana exclamó aún: *¡Toma! ¡Papá va á casa del vecino!* Poco después, un